

LIBRO SEXTO.

Intimidad de las diferentes ramas de la familia real.—*Monsieur*.—La duquesa de Angulema.—El duque de Angulema.—Anécdota sobre la inauguración de la estatua de Enrique IV.—El príncipe de Condé.—Su vida retirada.—Visita de M. de Talleyrand al príncipe de Condé.—Anécdota.—Estimación del príncipe de Condé al duque de Berry.—Había sido su antiguo general.—Su muerte.—Palabra del duque de Berry al recibir la noticia.—Legados del príncipe.—La familia de Orleans.—Afecto de la duquesa de Berry á su tía.—Ojeada sobre la conducta del duque de Orleans después de los cien días.—Anécdota sobre el mariscal Soult y M. Boulay de la Meurthe.—Repugnancia de los realistas ácia el jefe de la rama menor.—Protección de la familia real.—Confirmase la restitución de su patrimonio.—Pleitos, y asuntos litijiosos.—El duque de Orleans contra el duque de Bassano.—Intimidad del Eliseo y del palacio real.—La duquesa de Berry encuentra al Lord Bentinck en la habitación de su tía.—Gestiones para hacer al duque de Orleans alteza real.—Negativa del rey.—Motivos que podían justificar las gestiones de la duquesa de Berry.—Motivos que podían explicar la negativa del rey.—El duque de Orleans en las Tullerías.—El duque de Orleans en el palacio Real.—Frase notable de un discurso de M. Laffitte.—Sus relaciones con el duque de Orleans remontan á los cien días.—Las sospechas de las Tullerías no penetran en el Eliseo.—Cariño del duque y la duquesa de Berry á los hijos del de Orleans.—Palabra notable de este último.—Otras del duque de Berry.

Se ha visto hasta aquí la vida interior de los duques de Berry, su vida del Eliseo, estraña á la etiqueta, separada de las grandezas y las pompas de los Tullerías, ocupada por las artes, las letras, la felicidad doméstica y la beneficencia. Esta existencia agradaba á los dos esposos. El duque de Berry tenía

gusto en correr las aventuras de la caridad. Trabajando en apagar los incendios, interviniendo en los accidentes peligrosos, estaba continuamente mezclado á las clases populares. Así fué como un día que volvía de paseo acompañado de un solo ayudante de campo, advirtió, en el muelle situado en la isla de san Luis, á unos carboneros conteniendo á un compañero suyo que hacía esfuerzos por desprenderse de ellos para arrojarse al Sena. El príncipe entrando en conversacion con aquellas buenas gentes, supo que el carbonero era un padre de familia reducido á la desesperacion por la pérdida de una suma de cuatrocientos francos. Entonces rompiendo por la multitud llegó, no sin dificultad, hasta aquel desgraciado, y después de una larga resistencia de su parte, obtuvo de él la promesa de diferir la ejecución de su designio por algunos momentos. El ayudante de campo corrió al Eliseo, y trajo los cuatrocientos francos. Habiéndole seguido algunos carboneros por curiosidad, supieron entonces todos quién era el que acababa de salvar á su compañero. Mas adelante encontraremos su reconocimiento.

Esta inclinación por la vida privada, no impedía que el duque y la duquesa de Berry viviesen en una grande intimidad con el resto de la familia real. Componiase entonces esta, como todos saben, de *Monsieur* conde de Artois, el duque y la duquesa de Angulema, la rama de Orleans, y la rama de Condé.

Monsieur tenía hácia la jóven duquesa los sentimientos de un padre. Este príncipe tan gracioso, y de un espíritu tan francés, apreciaba la viveza espiritual y las gracias del carácter de su nuera. El pabellon Marsan que ocupaba, era frecuentemente visitado por los dos habitantes del Eliseo.

La duquesa de Angulema, á quien no se podía

ver sin emocion, por sus altos infortunios, tan noblemente soportados, y cuya impresion se veía grabada en su elevada y melancólica fisonomía, habia acogido con una tierna amistad á su jóven cuñada. Existia la mas estrecha union entre el duque de Angulema y el de Berry, para que los sentimientos de la princesa respecto de su cuñada, dejasen de ser los mismos en el príncipe su esposo. Toda esta noble familia vivia en la mas perfecta intimidad. En el interior de ella se olvidaba el ser príncipe, para no ser mas que padre, hijo y hermano. Esta familiaridad transpiraba algunas veces al público. El dia de la inauguracion de Enrique IV sobre el puente nuevo, un accidente de tuvo en la avenida de Marigni el carro en que se llevaba la estátua. El duque de Berry que estaba en el terrado del Eliseo, distinguió á *Monsieur* y al duque de Angulema en su coche; y bajó en el mismo estado en que se encontraba, con un vestido azul, la cabeza descubierta, y sin condecoracion alguna. Tuvo mucha dificultad en pasar, porque no se le reconoció: en fin, habiendole alguno nombrado, las filas de la multitud se abrieron para darle paso, y el príncipe atravesó la alameda diciendo con una familiaridad que encantó á todo el mundo: «Perdonad, amigos míos, son mi padre y mi hermano que me llaman.»

El príncipe de Condé vivia muy retirado, asi como su hijo el duque de Borbon, y se presentaba muy rara vez en la corte. Desde el asesinato del duque de Enghien, una profunda tristeza oprimia al gefe de aquella gloriosa rama de la casa real, y el peso de los años unido á aquel largo dolor, habia producido sobre S. A. un anonadamiento de que no salia sino raros intervalos. Parecia que aquella alta inteligencia, sin estar enteramente estinguida, se hubiese retirado á sí misma. Aquella vida tan pura y

tan hermosa, aquella vida recta como la hoja de una espada, evitaba el contacto de aquellos grandes hombres manchados, que la desgracia de los tiempos habia que se encontrasen por todas partes. Ella se aislaba para concluir, como habia principiado sin reproche y sin tacha. Podia haberse dicho que, leyendo en el porvenir, y echando una larga mirada sobre lo pasado, el último de los Condé lloraba sobre un nombre que nadie debia llevar ya despues de él, y que colocandose entre el recuerdo de la agonía de los fosos de Vincennes y la prevision de la agonía de la sinestra alcoba de Saint Leu, el ilustre anciano llevaba el luto de su estirpe.

Una vez fué turbada su venerable soledad por un personaje, cuya presencia podia sorprenderle: el príncipe de Talleyrand vino á hacer su corte á *Monsieur* el príncipe de Condé. Esto era, como se dijo en algun tiempo, la línea curva de visita en casa de la línea recta. Sea por una de aquellas confusiones, consecuencia de la avanzada edad de S. A., sea por una vivacidad militar de las que aparecian algunas veces en su caracter y en sus palabras, tuvo, ó fingió tener á el príncipe de Talleyrand por el tio de este, gran limosnero de Francia, y en aquella época arzobispo de Rims, hombre venerable á quien el príncipe de Condé tenia una estimacion particular.

«Señor arzobispo, le dijo, venid á verme con la mayor frecuencia que podais; yo tendré siempre una satisfaccion en recibirlos. Pero, por favor, no me traigais jamás á vuestro sobrino el obispo de Autun.»

—Ahora que V. A. S. me ha hecho conocer sus sentimientos, respondió con su inalterable frialdad el antiguo obispo de Autun, yo le prometo que el príncipe de Talleyrand no volverá á ponerse jamás en su presencia.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
DEL CENICIO A UNIVERSITARIA

Pero aquella soledad que el príncipe de Condé sabia hacer inaccesible, se complacia en ser visitada por el duque y la duquesa de Berry. Aquel príncipe habia tenido siempre por este un afecto paternal, cuyo sentimiento remontaba á la época de la emigración, y á las campañas del ejército de los príncipes. Allí habian pasado cosas grandes y nobles: en cada batalla el nombre francés habia sido ilustrado de las dos partes por insignes hechos de armas, y los hijos de la Francia, combatiendo por el suelo, aquella patria material, ó por un principio, patria moral que se lleva consigo en una tierra estrangera, habian probado que el valor nacional bastaba para cubrir de gloria dos causas y dos banderas. Durante aquellas campañas en que, los generales del ejército real rendian homenaje á los talentos de los generales de la república, y en que estos pagaban el mismo tributo á los del ejército real, el duque de Berry se habia hecho el hermano de armas del duque de Enghien. El príncipe de Condé habia conservado un dulce y melancólico recuerdo de aquella amistad, que habia principiado bajo las tiendas de campaña, para no concluir sino con la vida de su nieto. A él era á quien creia amar aun en la persona de un príncipe en quien encontraba tantas relaciones de caracter y de valor, sin hablar de la fúnebre semejanza que su destino fatal debia poner entre su fin. Recordaba aquella vivacidad guerrera avanzando la primera siempre, aquella altivez de Borbon, que no se mostraba sino en un día de batalla, para hacerse dar el lugar que le pertenecia, el primero, el mas inmediato al peligro: aquel caracter francés que inspiraba al jóven duque de Berry los billetes en el estilo de Enrique IV, tales como este, por ejemplo, en que anunciaba la continuacion de las hostilidades: «La guerra va á princi-

piarse de nuevo; nosotros los príncipes, estaremos en ella. Es necesario esperar, en honor del cuerpo, que alguno de nosotros perecerá en esta campaña.»

Habia, pues frecuentes relaciones entre el príncipe de Condé y los augustos habitantes del Eliseo, pero desgraciadamente, no duraron largo tiempo. Al principio del año 1816, el príncipe, que se habia retirado, como el mas ilustre de sus predecesores, á Chantilly, con el fin de abrigar sus últimos dias en un pequeño pabellón, que solo habia quedado de pie en medio de las ruinas de aquella magnífica morada, sintió disminuir sus fuerzas mas y mas. En fin, el día de Pentecostés llenó sus deberes de cristiano sobre su lecho de muerte, como en otro tiempo llenaba los de soldado en el campo de batalla. Sus antiguos é intrépidos compañeros le rodeaban tambien en aquella última jornada. Ilustres restos de aquel pequeño ejército de Condé, que crecia en el fuego, venian á representarle junto al lecho de muerte de su antiguo general. Una de las últimas palabras que el moribundo pronunció, era digna de cerrar los destinos de una raza tan belicosa.

«En donde esta la guerra? Avancemos.» Despues se le oyó murmurar en una voz baja y sorda el símbolo de la fé de los cristianos, que no pudo concluir. La victoria debia tener el penúltimo pensamiento de un Condé, así como el último le dedicaba á Dios.

Al saber la muerte del príncipe de Condé, el rey Luis XVIII respondió al gran maestro de ceremonias, que le preguntaba cómo queria que fuese enterrado el príncipe: «Como Duguesclin y Turenna.» El duque de Berry, que sintió vivamente esta pérdida, exclamó: «Hemos perdido nuestra vieja bandera blanca.»

El príncipe de Condé le habia legado una gran-

de y hermosa herencia, una herencia digna del testador, y que el heredero no hubiera cambiado por la sucesion que recogió mas adelante otra rama de la casa real. El duque de Berry reemplazó á su antiguo general en la presidencia de la asociacion paternal de los caballeros de San Luis. El príncipe de Condé no creyó poder dar en la hora de su muerte una prueba mejor de su memoria á sus antiguos compañeros de armas, que rogar á S. A. R. les sirviese de protector con el rey. El duque estaba á la cabeza de muchos establecimientos de este género, y la princesa su esposa, conformándose á su ejemplo, se complacia en ser por su parte el centro de todas las obras de humanidad y de beneficencia; de suerte que, como decia un venerable prelado, el Eliseo se hacia de dia en dia la capital del reino de la caridad.

La duquesa de Berry habia encontrado en París, en la rama menor de la familia real, unos parientes á quienes habia querido en Sicilia, y su juventud habia sido fiel á los afectos de su niñez.

Hemos visto que habia entrado en Francia el duque de Orleans despues de la primera restauracion, que la generosidad real le habia restituido sus pingües posesiones, y que S. A. S. habia recibido con el mas vivo reconocimiento tan señalados beneficios. Se ha visto igualmente que habia partido con *Monsieur* en la época de los cien dias, para ir á tomar el mando de un cuerpo de ejército. Bien poco despues el duque de Orleans habia dejado la Francia, como el resto de la familia real. Refugióse entonces en Inglaterra, y la rama primogénita concibió algunas sospechas de las gestiones que, segun se dijo, hacia cerca del gabinete de san James. Sordos rumores se habian propagado sobre este objeto, y las cosas habian llegado á tal punto que el duque de Dalmácia escribió desde Leon

á Napoleon durante los cien dias, á fin de prevenirle que el nombre de Orleans estaba continuamente en la boca de los generales y los gefes. El ruido de estas maniobras llegó hasta á resonar en la tribuna. En la sesion de 25 de junio, en el momento en que se trataba de nombrar un heredero á Napoleon, M. Boulay de la Meurthe decia: «Nos hallamos rodeados de facciosos, de intrigantes, que querrian conseguir se declarase el trono vacante, á fin de colocar en él á los Borbones. Existe una faccion de Orleans; pero es dudoso que el duque de Orleans quisiese aceptar la corona, ó si la admitia no seria sino para restituirla á Luis XVIII.»

Se vé pues, que M. Boulay de la Meurthe no juzgaba menos favorablemente á S. A. S. que lo habia hecho el duque de Wellington. Un hecho habia contribuido acaso á formar esta doble opinion. El duque de Orleans, instado vivamente por los gabinetes aliados á esplicarse sobre sus intenciones, habia respondido cediendo sin duda solamente á la voz de su corazon, de manera de justificar el elogio que el duque de Wellington hizo, algunas semanas mas tarde, de su real sumision al rey legítimo, y las sospechas de fidelidad que M. Boulay de la Meurthe hacia colocar en la misma época sobre su persona.

Sin embargo, estas nubes no estaban aun enteramente disipadas despues de la segunda restauracion. No es posible disimularlo; los mas decididos por la casa de Borbon, veian con poco favor á S. A. S. Su nombre representaba tan tristes y sangrientos recuerdos! En vano el rey habia tendido su perdon entre el joven príncipe arrepentido y la verguenza paternal. Los mas fieles servidores, los amigos mas sinceros de la rama primogénita, preparados á toda cla-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO ALFONSO

se de obediencia, desobedecian casi, á la voluntad real, cuando se trataba del duque de Orleans.

Aun antes de la restauracion, se habia visto á los emigrados manifestar de una manera nada equívoca, la repugnancia que tenian al nombre y á algunos antecedentes del príncipe; y una noche en Lóndres, en un teatro, habia sido necesario para evitar escenas desagradables, que el duque de Berry tomase el brazo de su primo el de Orleans, diciendo en tono severo á los que le rodeaban: «Hay aqui alguno que sea mas difícil que el duque de Berry?»

El duque de Orleans encontró despues de la segunda restauracion aquella proteccion afectuosa de la familia real, que ya le habia defendido contra los resentimientos del destierro. A su llegada á Inglaterra obtuvo una larga audiencia de Luis XVIII, en la que rechazó con una indignacion que se aproximaba á la cólera, el pensamiento de la usurpacion que los partidos se habian atrevido á atribuirle despues de los cien dias. Sus protestas fueron tan vivas y tan enérgicas, que Luis XVIII, que estaba menos bien dispuesto en su favor que los príncipes de su familia, le dijo sin embargo con bondad: «Primo mio, vos sois el mas inmediato al trono despues de Berry; teneis mas esperanzas por el derecho que por la usurpacion. Yo creo en vuestro buen espíritu, asi como en vuestro buen corazon, y estoy tranquilo.» A estas benévolas palabras, el rey añadió un acto que pareció conmover vivamente á S. A. S. Confírmole la restitucion del antiguo infantazgo de Orleans, que habia sido incorporado al Estado. Sin embargo, esta restitucion quedó con el carácter de ordenanza: á pesar de todas las gestiones que se intentaron con el anciano rey, siempre reusó hacer sancionar por una ley este acto de pura y simple voluntad.

El duque de Orleans, aunque sintiendo no haber conseguido que al mérito de ser inmenso el beneficio uniese el de ser irrevocable, se apresuró á entrar en el goze de la fortuna colosal que le era devuelta. Entonces se le vió desplegar aquella infatigable actividad, y aquel gusto pronunciado por la propiedad que se habian ya manifestado de una manera brillante, en la negociacion que siguió en el negocio de la dote de su esposa, con el parlamento de Sicilia.

En el momento en que la paz principiaba á reinar en todo el mundo, S. A. entraba en campaña. No se trataba, es cierto, de una de aquellas guerras en que truena el cañon, en que se cruzan las espadas, y en que la victoria debe pronunciar entre dos banderas. El campo de batalla era el palacio de la Justicia. El Palacio real se habia hecho el cuartel general de las operaciones judiciales del príncipe, y extendiéndose con sus vastos dominios se aumentaba de dia en dia. Habiase formado, con una habilidad consumada, un consejo contencioso, y rodeado de este sabio estado mayor, compuesto de los mas hábiles juriscultores de la Francia, proseguia un número considerable de pleitos que arrojaron la alarma entre los compradores de bienes nacionales.

Debia atribuirse esta conducta del príncipe al solo deseo de redondear sus bastos dominios, ó bien, por un pensamiento político ulterior, S. A. se encontraba feliz en dar una garantía á Luis XVIII, adquiriendo al mismo tiempo nuevos bienes?

Lo cierto es, que bien pronto todas estas escaramuzas judiciales concluyeron en una accion general. Asi puede llamarse el pleito que el duque de Orleans entabló contra el duque de Bassano, relativamente á las acciones de canales procedentes del infantazgo de Orleans y que Napoleon habia dado en 1815 en de-

pósito y prenda á su antiguo ministro M. Maret. Viose á el duque de Orleans reivindicar estas acciones, aun mas que por el interés de su fortuna, por el de sus principios. «Porque, repetia con una fuerza de lógica incomparable, un gobierno de hecho, un gobierno ilegítimo no habia podido transmitir estas acciones legalmente.»

Al tiempo de su matrimonio, la duquesa de Berry encontró al duque de Orleans entregado á estas ocupaciones judiciales. La jóven princesa habia tenido siempre el mas vivo afecto á la duquesa su tia. Su llegada estableció entre la rama primogénita y la rama menor, relaciones mas frecuentes y una intimidad mayor. Ella gustaba de pasar sin etiqueta y sin comitiva al Palacio real, y los habitantes del Palacio real se mostraban continuamente en el Eliseo.

En una de estas visitas inesperadas, con las cuales la duquesa de Berry tenia gusto en sorprender á su tia, tuvo lugar un hecho en que, el carácter de la jóven princesa, que hasta entonces se habia juzgado ligero y sencillo, se manifestó con una altivez y una energia que nadie hubiera podido imaginar.

La duquesa de Berry se habia dirigido al Palacio real: segun su costumbre no quiso que se la anunciase y entró en el cuarto de su tia, sobre los pasos del ugier que la precedia. Pero al llegar á la puerta vió al Lord Bentinck sentado delante de la duquesa, la cual parecia hacer la mas benévola acogida á su conversacion. A este aspecto, el recuerdo de aquel triste dia, en que habia visto á su abuela desterrada de Sicilia por aquel arrogante estrangero, se representó vivamente en el pensamiento de la duquesa de Berry; y retrocediendo con la mayor prontitud, salió del Palacio real sin haber dicho una sola palabra á su tia. El dia siguiente la duquesa de Orleans se

apresuró á dirigirse al Eliseo para saber qué motivo habia podido ocasionar la precipitada retirada de S. A. R. Entonces la duquesa de Berry la dijo: «No he podido veros con serenidad hacer tan buena acogida al que yo miro como el asesino de vuestra madre.»

Esto, sin embargo, en nada alteró las relaciones de intimidad que unian á la tia y la sobrina, y bien pronto la duquesa de Berry dió prueba de ello á la casa de Orleans, mezclándose en un negocio que interesaba singularmente al gefe de la rama menor.

Como hija de rey, la duquesa de Orleans llevaba el título de alteza real: el duque su esposo no tenia, como hijo de príncipe de la sangre y príncipe él mismo, mas que el de alteza serenísima; en consecuencia la etiqueta exigia que en las ceremonias políticas la duquesa pasase la primera. Esta desigualdad parecia insoportable al duque de Orleans. Siempre que se presentaba la ocasion se quejaba de ella, y aseguraba que toda su ambicion quedaria satisfecha el dia en que por un acto de bondad y de generosidad de la rama primogénita, el bello título de A. R. precediese al nombre del gefe de la rama menor. La duquesa de Berry, mas en disposicion de conocer la viveza del deseo de su tio con respecto á esto, puesto que las relaciones eran mas intimas y mas frecuentes entre el Eliseo y el Palacio real, que entre este y las Tullerías, organizó en la familia real una especie de conspiracion benevola para obtener del rey este título, tan deseado por el duque de Orleans; pero la negativa de Luis XVIII fué positiva é inflexible: «El duque de Orleans está bastante cerca del trono, respondió á todas las solicitudes; es un deber mio, con respecto á mis sobrinos, el no aproximarle mas.

BIBLIOTECA ALFONSO X
UNIVERSITARIA

En la conducta del duque de Orleans, habia alguna cosa que justificaba esta inflexibilidad del rey Luis XVIII, resistiendo á las súplicas de una parte de la familia real, ó bien aquella conducta era propia á motivar estas generosas solicitudes, y á marcar con un carácter de injusticia esta obstinada negativa, tras de la cual se ocultaba una sospecha? Pueden resolverse afirmativamente estas dos cuestiones, aun cuando sean contradictorias. Todo depende del exámen que quiera hacerse de la conducta del duque de Orleans.

Cuando este príncipe se presentaba en las Tullerías espresaba siempre con una profunda emocion sus sentimientos de gratitud y de adhesion al rey. El respetuoso afecto que tenia á su sagrada persona era un culto. Las mas vivas demostraciones le parecian insuficientes cuando se trataba de hacer brillar los sentimientos que llenaban su corazon. En aquellas comidas de familia, en que se brindaba mutuamente, se admiraba la efusion extraordinaria y la expansiva sensibilidad con que S. A. S. desempeñaba este deber. El rey, *Monsieur*, *Madama*, la duquesa de Berry eran cada uno á su vez saludados con sus brindis. El duque de Orleans no los tenia á todos en su corazon? Apenas la ley rígida de la etiqueta podia sujetar su entusiasmo. Algunas veces vencía éste, y adelantando el momento en que le era permitido manifestarse, se oia en aquellas ocasiones solemnes una voz sonora resonar solitaria y romper el silencio con el grito de *viva el rey!* Esta era la del duque de Orleans.

A estos motivos ya tan poderosos venia á unirse una consideracion política.

El duque de Orleans era un hombre de sabiduría y de prudencia. Una larga y dura experiencia lo habia enseñado lo que cuesta á los príncipes el pre-

tarse á las seducciones de la democracia. ¿Qué no habian prometido los hombres de 91 y 93 á su desgraciado padre? ¿No era por el atractivo de una corona con lo que le habian conducido de sentencia de muerte en sentencia de muerte, hasta su propio cadalso? Para llegar á este fatal desenlace, cuántos crímenes no le habian hecho atravesar, y con que atroces angustias, con que horrible agonía habia la revolucion de 93 recompensado las prodigalidades que el príncipe le sacrificaba despues de cuatro años con la fortuna de sus antecesores! Sin hablar de la jornada del 21 de enero, en que le hizo el espantoso regalo de lo mas puro de su sangre! El actual duque de Orleans no podia asomarse al balcon de su palacio, sin que sus ojos encontrasen aquella plaza, en que por un refinamiento de crueldad, se habia hecho detener el fatal carro que conducia á su padre, á fin de que sus pasadas magnificencias comparadas con su desolacion presente, viniesen á aumentar aun sus padecimientos, y derramar nuevas amarguras sobre su agonía.

Pasados veinte años de este funesto acontecimiento, un hombre que habia paseado sus desgracias y sus penas de pais en pais, desconocido á los domésticos de aquella morada, que él tampoco conocia, se habia presentado en el Palacio real, y arrodillándose en el fondo de la escalera principal, se le habia visto tocar con los labios los escalones, hácia los cuales estaba inclinado. Este era el duque de Orleans, que, de vuelta en fin al lugar de su nacimiento, besaba las gradas que sus antecesores habian pisado. No seria él ciertamente, quien querria ahora comprometer la seguridad de aquella restauracion que, volviendo á cada uno su lugar, habia abierto el Palacio real delante de la rama menor, al mismo tiempo que el de las Tullerías á la rama primogénita.

BIBLIOTECA ALFONSIANA
UNIVERSITARIA

Semejantes consideraciones eran, sin duda alguna, suficientes á justificar el interés de la familia real en solicitar para el duque de Orleans el título, objeto de su ambición. Pero los que aprobaban la negativa del rey Luis XVIII, tenían también algunos motivos que hacer valer, que no carecían de una apariencia de justicia.

Ellos hacían observar que los salones del Palacio real acogían todas las personas que no eran admitidas en las Tullerías, y que por el contrario, las personas que se veían habitualmente en las Tullerías, no se presentaban sino raras veces en el Palacio real. Estas dos residencias eran como las capitales opuestas de dos reinos diferentes.

En aquella se agrupaban todos los que habían dado pruebas de fidelidad y adhesión á los principios monárquicos, las lealtades experimentadas, las vidas puras é intachables, las opiniones monárquicas fuertemente decididas, todos los hombres en fin que estaban firmemente convencidos de que las jóvenes libertades de Francia no podían subsistir sino al abrigo de la encina secular de la monarquía.

En el Palacio real, al contrario, se veían afluir todos los restos de las asambleas revolucionarias, los nombres hostiles en todos tiempos á la casa de Borbon, aquellos que, después de haber adquirido combatiéndola su celebridad política, no habían podido disimular su repugnancia al verla restablecerse en el trono. Para que aquellos hombres se hiciesen los concurrentes habituales del Palacio real, no era necesario que fuesen bien recibidos en él? Por qué la morada del primer príncipe de la sangre se llenaba también de los servidores del imperio que no habían querido reunirse á la rama primogénita?

¿No había también algún pensamiento secreto

en aquella afectación con que desenterraba todos los recuerdos históricos de 89 á 92 para ocupar el pincel de Vernet? A un mismo tiempo estaba colocada la revolución en su galería, y el personal revolucionario en sus salones. Todo personaje que dejaba de ser acogido en las Tullerías, encontraba abiertas las puertas del Palacio real. Su favor iba á buscar las desgracias. ¿Qué atractivo convocaba al rededor de él á los descontentos de todo género? Por qué la oposición estaba siempre en mayoría en sus fiestas?

También se citaban hechos en apoyo de estas observaciones. Cuando M. Pasquier cometió el error de destituir á M. Casimiro Delavigne de sus modestas funciones de bibliotecario de la chancillería, á causa de sus primeras *Messenianas*, que no eran sino la honrosa expresión de un sentimiento de nacionalidad, Luis XVIII, que vituperó vivamente este acto injusto é impolítico á la vez, no había podido repararle. El duque de Orleans con un apresuramiento en que parecía entrar algún cálculo, se había anticipado. El título de bibliotecario del Palacio real había reemplazado al que acababa de quitarse al joven poeta. No había en todo esto á un tiempo una censura pública de los actos del gobierno del rey, y una intención bastante clara de establecer su popularidad sobre las ruinas de la rama primogénita?

Alguna cosa más grave aun. Contábase entonces entre los miembros de la cámara de diputados un hombre cuya influencia era grande. El comercio le había dado las riquezas de un rey; él había obtenido en los últimos momentos del imperio la confianza de Napoleón. Todas las notabilidades de los matices parlamentarios menos favorables á la rama primogénita se agrupaban en derredor de esta alta potencia financiera. El era en cierto modo el jefe de la oposi-

BIBLIOTECA ALFONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

cion de la cámara electiva. Este hombre era M. Laffitte. Las relaciones de este con el duque de Orleans eran conocidas. En la época misma de los cien días el banquero habia hecho al primer príncipe de la sangre un servicio, que habia sido acaso el origen de la intimidad que despues de la segunda restauracion se estableció entre ellos. Sorprendido, como todos los demas, por la catástrofe del 20 de marzo, el duque de Orleans se habia visto obligado á dejar precipitadamente la Francia. Todos sus recursos disponibles en aquel momento ascendian á un millon y quinientos, ó seiscientos mil francos de valores procedentes de cortas de maderas, á las que el gobierno imperial habia puesto oposicion. La negociacion de estos valores intentada por todas partes, no habia surtido efecto alguno. En vano el duque de Orleans habia ofrecido su consentimiento de perder un veinte por ciento sobre el montante de la cantidad: ninguna casa de banco habia querido correr el riesgo de un negocio que seria desastroso, si la fortuna se inclinaba al lado de Napoleon. Entonces fué cuando un agente de S. A. S. se presentó en casa de M. Laffitte, quien recibió al par estos mismos valores, que se habian intentado inútilmente negociar al veinte por ciento de pérdida en todas las casas de banco de la capital.

Despues de este notable servicio y en vista de la acogida que el duque de Orleans hacia al rico banquero de la calzada de Antin, no podia ciertamente dudarse de su amistad. Además este mismo M. Laffitte tan bien recibido en el Palacio real, habia arrojado desde lo alto de la tribuna parlamentaria una frase que habia tenido un largo eco en la prensa y producido una impresion difícil de borrar. El 10 de febrero de 1817 se discutia el proyecto de ley relativo

á hacienda; M. Laffitte, tomando la palabra, atacó violentamente al ministerio, y declarando que las lecciones de la historia eran los mejores ejemplos, añadió que la esperiencia habia demostrado que las libertades jóvenes no podian vivir á la sombra de antiguas dinastías. «Los ingleses, exclamó, debieron todas sus franquicias á la revolucion que transfirió la corona á la cabeza de Guillermo.»

Esta alusion que parecia bastante clara por sí misma, llegó á serlo aun mas cuando M. de Richelieu, primer ministro entonces, rechazando con leal indignacion las palabras del diputado del Sena, le preguntó si su intencion habia sido el provocar un movimiento en favor del duque de Orleans.

No es posible disimularlo; este conjunto de observaciones, y este concurso de hechos podian dar una apariencia de razon á la inflexibilidad de las negativas de S. M. Luis XVIII, cuando se le propuso conceder el título de A. R. al duque de Orleans. A lo menos las personas que no eran altamente favorables á S. A. S., invocaban esta reunion de circunstancias para acreditar su desconfianza y justificar sus insinuaciones.

Pero no era en el Eliseo donde estas personas eran admitidas á espresar sus sospechas con respecto al príncipe. Hubiera sido ofender al duque, y sobre todo á la duquesa de Berry, el manifestar la menor duda sobre la lealtad y la fidelidad de la familia de Orleans. Ella sabia en que lenguaje le hablaba su amada tia; frecuentemente la habia conmovido el entusiasmo lleno de ternura, esta es su palabra, con que el mismo duque de Orleans se espresaba sobre el rey y la familia real. Cuántas veces su palacio de Rosny, bajo cuyas hermosas sombras tenia tanto gusto en recibir á los nobles habitantes del Palacio real,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CARRETERA ALFONSINA

fué testigo de estas expansiones! La duquesa de Berry se complacía en rodearse de los hijos de su tía; en su corazón no había lugar para la envidia. El duque de Berry participaba bajo este punto de vista de todos los sentimientos.

En el año de 1818 el nacimiento de un príncipe que murió á las dos horas, había puesto al Eliseo de luto. Pocos días despues de esta pérdida, el duque de Berry fué á visitar al de Orleans. Este se hallaba en su gabinete con el jóven duque de Chartres: al ver entrar á S. A. R., hizo un movimiento como para separar á su hijo, temiendo sin duda que el espectáculo de sus prosperidades de familia redoblase la amargura de las penas de su real primo, y que aquella salud tan floreciente recordase la cuna que había quedado vacía, y en la que la rama primogénita había tenido una esperanza, que no duró mas que dos horas. Pero el duque de Berry detuvo al jóven príncipe con la mayor dulzura: este era su favorito y el de su esposa, y á quién mejor se recibía siempre en el Eliseo. En seguida atrayéndole aun mas cerca de sí, dijo sonriéndosele con una afectuosa melancolía: «He aquí un hermoso jóven que, acaso tiene delante de sí una elevada fortuna. Mi muger puede no darme hijos, ó no darme mas que hijas; entonces la corona pasará á vuestro hijo.»

A estas palabras el duque de Orleans respondió con la mas viva emoción.

«A lo menos señor, si llegase á obtener un día la corona, seriais vos quien se la dariais en cualidad de segundo padre; porque vos sois mas jóven que yo, y mi hijo lo tendria todo de vuestra bondad.»

Cuando á el año siguiente nació *Mademoiselle*, la intimidad de las dos familias se estrechó aun mas. Ya se formaban proyectos para su suerte futura,

que el pensamiento de sus padres unia á la del duque de Chartres. Esta lejana esperanza era acogida con todas las señales de la mas viva gratitud por la casa de Orleans. Así la sangre de la rama primogénita se mezclaria con la de la rama menor; el duque de Chartres, si el destino queria que fuese rey, haría subir con él al trono el último vástago de la familia de Luis XIV, y en el caso contrario *Mademoiselle* daría el segundo lugar del reino al heredero de la casa de Orleans.

Estas esperanzas que descansaban sobre una cuna, aumentaban la unión de las dos familias, y nada era comparable á los lazos de amistad y de benevolencia que parecían unir, en la época á que nos referimos, el Palacio real y el Eliseo.

